

NORBERTO BOBBIO ABORDA AQUÍ DOS grandes temas: la índole caprichosa de los intelectuales y el derrumbe moral de la ideología europea. Este texto es una sorpresa. Hubiéramos esperado que después de escribir su *Senectute* —reflexiones penumbrosas sobre la vejez y la muerte— Bobbio abandonaría la pluma definitivamente. Por el contrario, retorna para ofrecernos un conjunto vital de ensayos en los que vigorosamente examina la dinámica y las tentaciones del poder, el presunto declive de los intelectuales, el colapso de la URSS y sus implicaciones ideológicas, y la culpa europea por los trastornos de la vivencia contemporánea.

Juzgo que los vaivenes del comunismo italiano constituyen su inquietud visceral: Gramsci más que Lenin, y las posibilidades de una convergencia democrática más que la dramática y pseudo heroica confrontación. Se declara simultáneamente “intelectual académico” e “intelectual militante”. Sin embargo, en este recodo de su larga existencia prefiere el primer título, y en cuanto tal, indaga las cuestiones básicas de la sociología de los intelectuales: ¿quiénes son? ¿Ocupan algún lugar en la sociedad? ¿Hay diferentes especies? ¿Todos ellos finalmente traicionan y se traicionan?

Bobbio puntualiza este curioso desdoblamiento: los intelectuales hablan de la propia cofradía como si no perteneciesen a ella, e incluso se animan a certificar la defunción de estos actores sociales como si ellos fueran los únicos vivos y vitales (p. 14), la noble excepción que salvaría a la díscola especie. Los intelectuales, con diversas vestiduras, han existido siempre, a pesar de que el estudio sistemático de su papel y trayectoria se inicia en este siglo, con Weber y Mannheim. Son los creadores y traficantes del poder ideológico, de las armazones simbólicas, que dispensan visiones del mundo y condicionan la legitimidad de los regímenes políticos. Los intelectuales no han muerto, nos dice Bobbio; por el contrario, la sociedad pluralista los demanda. Las palabras y las imágenes han adquirido apreciable relieve en la modernidad; por lo tanto, los que las fabrican y administran son indispensables.

Ciertamente, cabe preguntar si los locutores de radio y televisión, los periodistas, los hombres del *marketing* publicitario, son en rigor intelectuales. Opino que rigurosamente no, pero aciertan en imitarlos.

Bobbio consagra un capítulo a Julien Benda. Se trata de un intelectual que puso al descubierto la fragilidad y a menudo la falsía de los miembros de su especie. Defendió en todos los casos (en el caso Dreyfus, en el combate al fascismo y al vitalismo bergsonianos) la razón y el repudio a las pasiones, por supuesto apasionadamente. Abomina del irracionalismo filosófico y del bizantinismo literario de sus colegas, y le asusta el culto a las emociones fáciles que, politizadas, abren paso a regímenes autoritarios. Su libro *Le trahison des clercs*, publicado en 1927, levantó una ola de protestas al indicar que los intelectuales habían abdicado de cualquier obligación espiritual

para predicar sin pudor la violencia y los maquiavelismos. Benda sostiene que la democracia es el único sistema que un "clérigo" honesto debe amparar; cuando se rinde a la demagogia o al mercantilismo, traiciona y se traiciona.

Otras secciones del libro examinan la naturaleza de los intelectuales. El autor confiesa que casi nada nuevo puede decir sobre este asunto. Sugiere que el deslinde más adecuado se da entre "expertos" e "ideólogos", distinción que recuerda a Weber y sus consideraciones sobre la lógica de los valores y la lógica contrapuesta de las acciones. El poder atrae a estos dos tipos de modos desiguales. El experto tiende a subordinarse, a constituirse en un factor funcional; el ideólogo gesta consensos o atiza antagonismos, conforme a las circunstancias. Para Bobbio es importante preservar la autonomía de la cultura respecto de la política. Cuando un Estado monopoliza no sólo la fuerza sino la verdad, el intelectual traiciona cuando conduce a esta situación, y se suicida una vez que ésta se institucionaliza.

Los últimos ensayos del libro indagan lo que Bobbio denomina "la ideología europea" y su quebranto ético debido al nazismo y al estalinismo. Con buenas razones nos dice que las concepciones de Hegel y de Marx fueron eurocéntricas; que en el fondo despreciaron al despotismo de "Oriente" que estaría fuera de la historia. En contraste, la libertad, la democracia, el respeto a las individualidades habrían estado siempre presentes en el *ethos* europeo. "La filosofía de la historia de Hegel es una concepción eurocéntrica del desarrollo histórico entendido como realización progresiva de la libertad" (p. 146). Condorcet y Montesquieu habrían compartido estas inclinaciones despreciativas respecto del Oriente oscuro; inclinaciones que perdieron sustento con el ascenso de regímenes despóticos en Europa y con la forzada descolonización. Europa entonces se mostró tan fea como cualquier otra *polity*.

Bobbio resume su postura respecto de los intelectuales de la extrema izquierda: "ni con ellos ni sin ellos", al menos en Italia. Reconoce a los comunistas la pujanza, el sentido de la organización, la perseverancia en la lucha contra el fascismo; les reprocha el fanatismo y la cerrazón intelectual. Pero hay que aliarse con ellos, encontrar y cultivar las convergencias; un realismo que contradice su declarado carácter de "intelectual académico". Bobbio conoce y aprecia las fuerzas que se mueven en diversos campos, y busca componendas entre ellas.

El de Bobbio es un libro que se lee fluidamente, que traduce no los humores melancólicos de la *Senectute*, sino el vigor de una vida vivida intensamente.

Joseph Hodara